



ÍMAC XIOM
SÈLLAV ÉVILO

**LA ISLA
DE LOS
NÁUFRAGOS**

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo
ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2023

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

La isla de los naufragos

ÍNDICE

	Página
La llegada	7
La estancia	19
El regreso	45
Relación de libros publicados dentro de esta colección y modo de acceder a su contenido	59

La llegada

Dispuesto ya para el viaje de regreso, más ligero de equipaje que nunca, he recordado el primer día de mi llegada a esta isla. Parece ayer cuando, tras navegar sin rumbo fijo, inmerso en la oscuridad de aguas tranquilas y templadas por espacio de ocho o nueve meses, de repente, fui lanzado con violencia hacia la luz cegadora de la playa de una isla misteriosa.

Todo me resultaba desconocido. ¿Qué hacía yo allí desnudo, casi ciego, desdentado, con todo el cuerpo dolorido, incapaz de dar un paso –ni siquiera podía arrastrarme a gatas–, sin palabras para pedir socorro, solo pudiendo llorar a gritos y, sobre todo, con una amnesia total que me impedía recordar de donde venía ni a donde iba, antes de mi llegada a aquel paraje de ruido ensordecedor aparentemente tan hostil?

Tenía frío y hambre, y también mucho miedo, porque, pocos instantes después de mi llegada observé que me encontraba al lado de dos figuras gigantescas –un gigante y una giganta–, de las cuales desconocía sus intenciones, aunque pronto me tranquilicé cuando ella, tomándome en sus brazos –¿cómo era posible que tuviese tanta fuerza a pesar de estar tendida en cama?– me dio calor, alimento y caricias. Pero entonces, ¡oh, qué vergüenza!, me hice las necesidades encima... Lo más extraño es que aquello no pareció molestar a nadie, como si fuese lo más natural del mundo, y la giganta, con la ayuda de su compañero, sin hacer aspavientos, me limpió y, a continuación, me acostó en una cama increíblemente pequeña, pero que parecía hecha a mi medida, en la cual pronto me dormí soñando no recuerdo exactamente qué.

Pronto me percaté de que nadie se sorprendía de mi presencia. Era como si hiciese tiempo que me estuviesen esperando, como si ya hubiesen empezado a quererme antes de llegar. Me vistieron como si yo fuese un muñeco y no cesaba de recibir visitas de otros gigantes los cuales, al verme, se

acercaban, me observaban con semblante amable, y me dirigían palabras tales como *mono*, *lindo*, u otras parecidas, casi insultantes, y seguidamente felicitaban a los dos gigantes que conocí a mi llegada y que me acogieron y cuidaron desde un principio. Qué sorprendente me resultaba todo...

Transcurrido un tiempo sin hacer otra cosa que comer y dormir –por cierto, afortunadamente me empezaron a aparecer los dientes que, poco a poco, me permitieron arrinconar la repugnante dieta a base de papillas–, empecé a dar mis primeros pasos, y también descubrí que tenía un nombre, a pesar de que, durante un tiempo, pensé que tenía más de uno, como por ejemplo «Notokes» o «Esoeskaka», porque así me llamaban con frecuencia. Y ahora tampoco puedo evitar una sonrisa cuando pienso que habiendo sido un fumador de pipa empedernido durante más de veinte años, y de escuchar toda suerte de reproches por parte de los náufragos no fumadores, a lo largo de los dos primeros años de estancia en la isla, me conformé con un simple chupete; eso sí, sin escuchar ninguna queja por parte de nadie.

Al poco tiempo, intenté hablar, sorprendido por el hecho de que, al principio, yo, que domino más de un idioma solo fuese capaz de pronunciar palabras tan elementales como «mamá», «papá», «yaya» o «yayo».

Los días se sucedían vertiginosamente, y los meses, y los años, y yo seguía sin comprender nada.

Aquel lecho que parecía de juguete, a pesar de estar hecho a mi medida, pronto fue a parar al trastero, puesto que la diferencia de altura con los gigantes cada vez se reducía más –¿quizás porque ellos se encogían, o era yo que iba creciendo?

A causa de haber perdido la memoria, por aquel entonces yo era un analfabeto total, de manera que pronto me condujeron a un lugar llamado «escuela» en donde aprendí nuevamente a leer y a escribir; así como aritmética, a pesar de que posteriormente observé que dos más dos no siempre suman cuatro.

Además, me obligaron a memorizar una larga serie de conocimientos absurdos, por inútiles, los cuales jamás he necesitado utilizar. Aparte de leer y escribir, no aprendí mucho más, excepto a memorizar. Y en la clase llamada «de religión» nos enseñaban cosas realmente extrañas, como por ejemplo la existencia de un ser sobrenatural llamado «Dios», invisible, que lo sabía todo, estaba presente por doquier, amaba a todo el mundo y repartía premios y castigos de acuerdo con el buen o mal comportamiento de las personas.

Confieso que de la infancia añoro la inocencia, o la pureza, tan manchada más tarde por la incredulidad de la edad adulta. Asimismo no he olvidado una especie de historieta que me relataron precisamente a propósito del profesor de religión, un náufrago sacerdote que apodaban –sin ánimo de ofender– «mosén napias» a causa de la enorme nariz en forma de berenjena que poseía entre ojos y boca, lo cual hacía que todos se preguntasen como se las arreglaba para poder comer.

Aquel buen náufrago estaba obstinado en convencer-nos de que aquella especie de dios invisible, dos mil años atrás, había enviado un hijo suyo a la isla para que pudiese mostrar a sus habitantes el camino de salvación. Así como también la existencia de unos personajes subalternos que acostumbraban a ser representados con alas, de aspecto más bien femenino –a pesar de que, según decían, eran asexuados–, volando en medio de nubes o al lado de santos, siempre con actitud protectora, como uno de muy influyente llamado «ángel de la guarda».

El caso es que cerca de la escuela había un pequeño bosque el cual todos los niños debían atravesar para ir a clase, lo cual hacían en grupo a pesar de que el recorrido carecía de peligro, excepto unos años atrás en que la naturaleza había tenido el capricho de instalar a medio camino una colmena –actualmente ya desaparecida– con sus correspondientes abejas, lo cual significaba que la ruta ya no fuese tan inofensiva. «Lástima de la miel que se desperdicia», pensaban los niños cuando pasaban a toda prisa por delante de la colmena,

yendo hacia la escuela. Hasta que, un día, una doncella de bello aspecto que se les hizo la encontradiza, les preguntó con voz celestial si habían probado la miel que con tanto afán elaboraban aquellas abejas.

–¿Cómo quieres que nos atrevamos a aproximarnos? –le respondieron.

–¿Acaso tenéis miedo? –replicó ella.

–Naturalmente; todos sabemos el dolor que causa la picadura de una abeja.

–Pues, si os apetece, yo os puedo indicar el modo de coger un pedazo de panal cada día para merendar, sin que os piquen.

–¿Y qué hay que hacer?

–Acercaos lentamente a la colmena, sin asustar a las abejas, al tiempo que decís: «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de

noche ni de día porque, si no, una abeja me picaría».

–¿Eso es todo?

–Eso es todo. Pero debéis saber que si no creéis de verdad que las abejas no os picarán, la primera que vea que os aproximáis os propinará una picadura tan grande en la nariz, que ésta se os volverá enorme y en forma de berenjena por siempre jamás.

A partir de entonces, todos los niños dispusieron de miel en abundancia para merendar, cosa que intrigó sobremanera al profesor de religión, el cual les preguntó el origen de aquel festín diario de dulzura. Sus alumnos no tuvieron problema alguno en relatar con todo detalle el encuentro con la doncella afectuosa que les había asesorado, así como la jaculatoria que debían recitar, ni que fuese mentalmente, al objeto de protegerse de las abejas, y que éstas nunca les habían picado porque siempre se acercaban a la colmena con el convencimiento de no ser picados.

Mosén napias jamás pudo saborear la miel de aquella colmena. Posteriormente comprendí el por qué, y el origen de su nariz enorme en forma de berenjena. Tal vez sea por nuestra poca fe que hay ocasiones en que parece que el ángel de la guarda se olvida de protegernos o esté de vacaciones.

Más tarde, llegó la adolescencia, etapa en la estancia en la isla, rica en turbulencias entre las diferentes generaciones de náufragos, con la rebeldía, las contradicciones y la personalidad inestable típicas de los adolescentes, que prefiero omitir. Solamente desearía, si ello fuese posible, hacer un llamamiento a todos los náufragos que sean padres para que piensen que, para sus hijos, la pubertad es una experiencia absolutamente desconocida y, en cambio, ellos, todos, ya la han vivido por completo. Así pues, debe imponerse la comprensión, el diálogo, la «negociación»; en ningún caso la recriminación y, menos aún, el menosprecio. Y no «visualizar» en los náufragos adolescentes aquello que al náufrago adulto le agradaría que fuesen, como resultado de frustraciones propias vividas. Que nunca nadie

podiese escuchar una conversación como la que, a modo de ejemplo, podrían sostener dos amigos en un encuentro al cabo de cierto tiempo sin haber tenido ningún contacto.

–¡Qué alegría de verte! ¿Cómo estáis, tú y tu familia?

–Pues no nos podemos quejar. Y vosotros, ¿qué tal?

–Mi mujer y yo, también estamos bien, y nuestros hijos, mejor que nunca.

–¡Fantástico! ¿Qué edad tienen, ya?

–El mayor, el ingeniero, ya tiene siete años. Y la pequeña, la doctora, pronto cumplirá cinco.

L'estancia

Al terminar los estudios y empezar a trabajar, pensé que me iba a «comer la isla» y sin casi darme cuenta, la isla estuvo a punto de comérseme a mí. Las perspectivas laborales de los jóvenes, por aquel entonces, no eran demasiado optimistas, a pesar de que, según parecía, la juventud nunca había dispuesto de tantas oportunidades para acceder a su formación –al menos donde yo me encontraba– lo cual, tiempo atrás, solo estaba al alcance de una minoría privilegiada. De todas formas, el imparable deseo de la juventud, que anhelaba el éxito rápido y económicamente provechoso, tratando de correr antes de aprender a andar, causaba innumerables desengaños cuando la realidad del día a día obligaba a despertarse y darse cuenta de sus sueños inalcanzables.

Por mi parte, al emanciparme de la familia, decidí dar la vuelta a la isla para averiguar a fondo adonde había ido a parar, de manera que –no hay como ser joven– sin pensármelo dos veces, inicié un viaje sin destino determinado, ni fecha de conclusión fijada de antemano.

De lo primero que me percaté fue que lo que yo creía que era una pequeña isla casi desértica en medio del mar, en realidad era inmensamente grande –aunque, contemplando el cielo estrellado, resultase ser un pequeñísimo fragmento del firmamento–, y poblada por una multitud de náufragos de hablas incomprensibles y diferentes modos de vestir y colores de piel, que llegaban continuamente a la isla pero que, también como yo, ninguno de ellos sabía cómo había aparecido aquí ni por qué. Aquellos náufragos –unos más que otros, bien es cierto, pero todos cada vez más– actualmente están maltratando la isla de tal forma que, en menos de medio siglo, ya han perjudicado gravemente sus recursos naturales y han comprometido el futuro de todos sus habitantes. Me hallo, por lo tanto, rodeado de congéneres que en

lugar de preocuparse por la isla que van a dejar a sus descendientes, viven inmersos en la inconsciencia más absoluta, sin darse cuenta del delicado equilibrio en que se encuentran, ni en su extrema vulnerabilidad, puesto que una infección microbiana suficientemente extensa, o un cambio climático importante y generalizado, puede significar la aniquilación total de los náufragos de esta isla. Resulta increíble que los egoísmos locales prevalezcan sobre el interés global: nada hay más seguro para abocarse al abismo de la autodestrucción.

A este paso, ¿qué haremos cuando las vacas no produzcan leche, al carecer del alimento necesario para estar bien nutridas, sin los huevos de las gallinas, ni la lana de las ovejas o la fruta de los árboles, o cuando las abejas no dispongan de flores para elaborar miel? ¿Qué pan comeremos cuando el sol queme las espigas o los peces hallen los ríos secos y cuando no podamos gozar de otras muchas cosas que hacen que la estancia en esta isla a veces sea soportable?

Los más optimistas aseguran que la solución será, dentro de un tiempo, desplazarse a alguna otra isla vecina de las innumerables que hay dispersas por el océano. Pero habría que encontrar una que reuniese unas condiciones de subsistencia parecidas a las de aquí. Además, según han constatado los expertos, las posibles islas candidatas, aunque formen parte del mismo archipiélago, están tan alejadas que no existe medio de transporte alguno por el momento –y parece ser que nunca lo habrá– capaz de permitir un desplazamiento semejante. Por otro lado, ¿quién puede asegurarnos que en otra isla no haya náufragos agresivos, tal vez caníbales, o con unos rasgos anatómicos distintos de los nuestros, como por ejemplo una cabeza con tres orejas, un solo ojo o dos bocas si, aquí, solo con una, a menudo se habla demasiado o se come en exceso? ¿Cómo podríamos convivir con náufragos que dispusiesen de dos?

Tampoco podemos ignorar que, de vez en cuando, hay quien afirma haber visto sobrevolar esta isla aeronaves procedentes de quien sabe dónde, probablemente guiadas por náufragos de

apariencia inquietante y que, caso de ser eso cierto, serían mucho más inteligentes que los de aquí, por haber sido capaces de desplazarse tan lejos. A mí, todo esto me resulta difícil de creer, pero siempre hay quien, en tono irónico, asegura que el hecho de que hasta el presente estos supuestos visitantes no hayan intentado comunicarse con nadie de nosotros es la prueba más concluyente para afirmar que, sin duda, son realmente inteligentes.

También observé que las condiciones de vida en la isla eran francamente desiguales, según el lugar de llegada de los náufragos porque, si bien yo, desde el primer momento, había dispuesto de comida y juguetes en abundancia, otros recién llegados, pequeños náufragos como quien dice recién llegados a la isla, se habían visto obligados a abandonarla prematuramente. ¿Cómo era posible la existencia de tantas desigualdades sociales y tan injustas desde quien sabe cuándo y que, todavía hoy, unos mueran literalmente de hambre y otros malbaraten escandalosamente la comida, si es cierta la información de que dispongo, en la cual se

constata que cada año se destruye un tercio de los alimentos que se generan en toda la isla?

Sin duda alguna, esta isla es un lugar de diferencias y contrastes, algunos realmente patéticos, como por ejemplo las mansiones enormes, con jardín privado y multitud de dormitorios, al lado de náufragos durmiendo en plena calle encima de un pedazo de cartón como colchón. ¿Cómo puede justificarse, asimismo, la existencia de muros de cemento y barreras de alambre espinoso, construidos al objeto de separar a los náufragos pobres de los náufragos prósperos –la miseria de la abundancia– y rechazar violentamente a los más desafortunados si intentan traspasar los límites establecidos por los poderosos? Y el drama de las guerras, la humillación de náufragos víctimas de otros náufragos, matándose unos a otros: ¡qué horror! He presenciado sufrimiento, mucho sufrimiento, y lo peor de todo es que esta situación, por increíble que pueda parecer, actualmente está considerada casi como «normal» o, como mínimo, inevitable, y los náufragos que no la padecen directamente, llega un

momento en que permanecen prácticamente insensibles ante dichas tragedias, preocupados solamente por el precio del petróleo, el vencimiento de la hipoteca o la última estupidez recibida a través del WhatsApp. Hay ocasiones en que termino pensando que casi todos hacemos lo que podemos o lo que nos dejan hacer. O lo que otros quieren que hagamos, pretendiendo justificarlo con frases tales como «nosotros no tenemos la culpa» o «esto no tiene remedio; siempre ha sido así...» ¿Qué clase de isla tan desastrosa nos han dejado los naufragos del pasado? ¿Y cómo será la que dejemos nosotros a los del futuro?

En cuanto a los sentimientos en general, según he podido deducir, y por lo que me han comentado, esta sociedad de la cual formo parte no ha cambiado mucho respecto a la de épocas pretéritas: la ambición y la envidia siguen invariables, y la generosidad y la bondad continúan prácticamente igual. Respecto a las ciencias y la tecnología, la evolución ha sido extraordinaria, y, especialmente en las últimas décadas, ha experimentado transformaciones aceleradas. El hecho es que han

avanzado enormemente, unas para bien y otras para mal, teniendo en cuenta que, por poner un ejemplo, si hoy en día es posible sanar enfermedades antaño incurables, también es cierto que cada vez se fabrican armas más mortíferas y destructoras.

No obstante, opino que las relaciones entre parejas de náufragos merecen una observación aparte, porque aunque en el fondo siguen siendo muy parecidas, creo que en la forma, actualmente, se suele «empezar la casa por el tejado», tal como un náufrago amigo –bromista empedernido– en cierta ocasión me contó por medio de una historia a modo de chiste, la cual me atrevo a repetir porque, a menudo, la ficción se basa en la realidad. He aquí el relato según sus propias palabras:

«Por motivos que no hacen al caso, de vez en cuando yo acostumbraba a visitar la clínica mental de la localidad en la cual residía.

Los pacientes que se hallaban en fase de recuperación avanzada disponían de permiso, aun siendo residentes internos, para deambular

libremente por los alrededores, y siempre había alguno que te pedía unas monedas “para un café”, a pesar de su aliento inconfundible de alcohol. A los enfermos más graves no se les permitía abandonar las dependencias interiores del edificio por razones obvias de seguridad.

Un buen día, el director de la clínica me invitó a visitar la instalación, lo cual acepté gustoso aunque por pura curiosidad.

Así que entramos en la sala llamada “comunitaria” observé un joven pensativo, de mirada perdida y gesto estático, que parecía estar ausente de su entorno. Deseando conocer los antecedentes de aquel caso pregunté al director:

–¿Cuál es la patología que afecta a este joven?

–Este joven está en tratamiento por una profunda depresión desde hace ya algún tiempo.

–¿Y se conoce el origen?

–Ciertamente. Se trata de una larga historia, pero que podríamos resumir diciendo que este joven fue un pretendiente de la Mary, la muchacha casadera más hermosa de la comarca, pero también la más presumida y ambiciosa, de manera que la respuesta a su petición de matrimonio fue un “no” como una casa. Y aquí tenemos la triste consecuencia.

–Caramba, pues sí que le afectó de verdad, al chico. Esperemos que vaya mejorando y encuentre una pareja más modesta con quien rehacer su vida.

Más adelante, mientras íbamos siguiendo el recorrido, vimos a otro paciente, de aspecto realmente triste, llorando desconsoladamente, el cual entre sollozos, gritaba: “¡Mary!”, “¡Mary!”

–¿Será posible? –exclamé. –¿Otro pretendiente frustrado de la Mary?

–¡Exacto! Este pobre hombre, aun siendo más rico, más inteligente y más bien parecido que el anterior, también fue rechazado por la Mary, porque todavía no satisfacía sus pretensiones.

Actualmente lo estamos tratando con potentes antidepresivos y su pronóstico es más bien incierto.

–Ah, comprendo. La Mary solo estaba dispuesta a aceptar lo que se dice un “mirlo blanco”, un “príncipe azul”; en fin, alguien realmente extraordinario.

–Más bien sí.

A continuación entramos en el departamento de celdas con paredes acolchadas en donde recibían tratamiento los enfermos más graves, es decir, aquellos que, cuando no se hallaban inmovilizados, no cesaban de dar cabezazos contra la pared. Precisamente, el primer paciente que vimos estaba gimiendo, sedado y atendido por dos auxiliares, porque tan solo unos minutos antes había padecido un ataque de furia y desesperación incontenibles.

–No me diga que este infeliz también se encuentra en este estado a causa de la Mary.

–Pues esta es la triste realidad.

–¿Pero tan enormes fueron las calabazas que Mary dio a este pobre hombre para provocarle tal desgracia?

–¡Ca!; con este se casó».

Afortunadamente, mi pareja no se parece en nada a la dichosa Mary: hemos vivido, y vivimos, felices. E incluso hemos colaborado en la llegada de dos pequeños náufragos a la isla.

Querría puntualizar que en ningún momento me he propuesto analizar exhaustivamente otras cuestiones de la isla, o particularidades de los náufragos que la habitan. No puedo negar, de todas formas, que hay aspectos que realmente me han sorprendido, como, por ejemplo, la política y la justicia. Respecto a la política –o mejor dicho, los políticos– creo que la mediocridad, por no decir la corrupción, de algunos chapuceros –quizás más de los que nos podríamos imaginar– perjudican la reputación de la mayoría, lo cual no es justo porque, a buen seguro que existen náufragos políticos honestos, y otros que no lo son tanto,

como en todos los colectivos, a pesar de que, en general, están tan pegados a la poltrona que parece como si hubiesen aplicado pegamento entre el culo y el asiento por lo mucho que les cuesta levantarse, y no resulta extraño que, en más de una ocasión, se les haya que expulsar a empujones. Tal vez por este motivo ninguno frecuenta las trincheras de las guerras que promueven.

Los políticos son incapaces de admitir una derrota si no están convencidos que con ello obtendrán algún provecho. Y, realmente, parece como si su tarea principal consista en criticar a los náufragos colegas de la oposición, acusándoles de no hacer lo que habría que hacer, o de hacerlo si lo hacen. La cuestión es objetar cualquier opinión ajena.

¿Y por qué ríen tan a menudo? ¿De qué se ríen? ¿Quizás para esconder bajo una falsa simpatía, los ataques de amnesia que parece que padecen respecto a lo que han prometido y no han cumplido? Todo induce a pensar que el poder

corrompe y que la corrupción es altamente contagiosa.

En cuanto a la justicia –o a su administración, para ser más exactos– nada hay que me parezca más inverosímil que tratar de ser justo utilizando leyes injustas. ¿De qué forma puede esperarse que actúen los jueces? Naturalmente que depende en gran manera del lugar, porque según sea éste, la celebración de un juicio tarda, como quien dice, tan solo unas semanas, mientras que hay sitios en los que se trabaja a la velocidad de los caracoles y la espera es posible que se prolongue por espacio de años. Además, una misma acción puede llevarse a término «para salvaguardar el honor», y unos kilómetros más arriba o más abajo, interpretarse como un delito merecedor de la pena capital. Sinceramente, no lo comprendo. Como tampoco entiendo que haya comisarías por las cuales los náufragos presuntos delincuentes, transiten como Pedro por su casa, es decir, que por la misma puerta entren y salgan tranquilamente un montón de veces, incluso a lo largo de un mismo día. Quizás sería el momento en que los náufragos legisladores

promoviesen leyes de acuerdo con el siglo actual, al objeto de sustituir las que ya han quedado anticuadas, totalmente obsoletas o ridículas.

Pero no todo es negativo, por supuesto. Y sería muy injusto por mi parte si lo creyese así. Me admira, por ejemplo, la labor de náufragos que dedican su estancia en la isla a aliviar el dolor de los que sufren. Reconozco estar confundido cuando me percato de cómo es posible cometer las atrocidades más horribles y, al mismo tiempo, ser protagonista de los actos heroicos más sublimes. Y cuando lo reflexiono, acude a mi mente una balanza en un plato de la cual hay toda suerte de maldades: egoísmo, violencia, impiedad... Y, en el otro, virtudes tales como el altruismo, la generosidad o la compasión. Confieso que soy incapaz de asegurar cual de los dos platos pesa más. Tal vez precisamente por este motivo, al recordar aquel dios que me habían descrito en la infancia, tan bondadoso y que lo sabía todo, que se hallaba en todas partes y premiaba y castigaba a los náufragos de acuerdo con su comportamiento, me preguntaba dónde estaba escondido y le rogué –todo hay que

decirlo, con gran insistencia pero sin mucha confianza de ser escuchado— que, en medio de la oscuridad de la morada en que me encontraba, me abriese aunque solo fuese una pequeña rendija en la puerta por la que pudiese penetrar la luz. Fue así como un día, no podría precisar cuándo ni cómo, mi estancia en la isla dio un giro decisivo porque, en lugar de abrirse una rendija, descubrí que la puerta había estado siempre completamente abierta y vi por primera vez lo que siempre había estado mirando: una luz y un camino sin fin ante mí. A lo largo de este camino puedo afirmar que he sentido la presencia de Dios. Pero no la de aquel dios con minúscula del cual me hablaron cuando era un niño, sino de uno que, realmente, está en todo lugar, pero, por encima de todo, con los más pobres, los excluidos, los desvalidos, los humildes y los limpios de corazón. No se trata en modo alguno de aquel dios vigilante preparado para otorgar premios y castigos, sino el Dios padre protector, el hermano mayor que aconseja, el amigo fiel que jamás te traicionará y, sobre todo, el Dios misericordioso siempre abierto al perdón. También comprendí a partir de entonces que, ante este Dios,

no posee más méritos el que acumula más riquezas, disfruta de más poder o más prestigio, sino, sencillamente, aquel que ama más. De este modo, poco a poco, mi estancia en la isla fue adquiriendo sentido. Comprendí claramente que mi llegada no había tenido lugar para «triunfar» sino para aprender a amar, al igual que todos los náufragos que habitamos la isla, cada uno a su manera:

Los inventores, inventando.

Los arquitectos, construyendo.

Los ricos, compartiendo.

Los servidores, sirviendo.

Los barrenderos, barriendo.

Los jueces, juzgando.

Los políticos, gobernando.

Los sacerdotes, guiando.

Los médicos, sanando.

Los enfermeros, cuidando.

Los maestros, formando.

Los artistas, creando.

Los deportistas, compitiendo.

Los campesinos, cultivando.

Los pescadores, pescando.

Los cocineros, cocinando.

Y todos, por supuesto, tanto náufragos como náufragas, con nobleza y espíritu de servicio, siendo conscientes de que el amor sana por igual tanto al que lo recibe como al que lo da y que, por dicha razón, no es necesario cambiar la isla sino el corazón de los náufragos que la habitamos.

El encuentro con Dios es un descubrimiento personal. Yo mismo debo decir que nunca he vivido ninguna experiencia mística en la cual se me haya manifestado. Pero he experimentado su acción sutil a lo largo de los años de estancia en la isla, como la fina llovizna que impregna la tierra yerma hasta convertirla en fértil. Y aquellos a los que se nos ha concedido esta gracia, tenemos la obligación de allanar el camino de los que aún lo están buscando. Y hacerlo al margen del grado de ilustración que cada uno tenga sobre la fe. Con toda la humildad posible, por supuesto, hemos de ser «pequeños misioneros» en la medida que nos sintamos llamados a difundir el mensaje de amor que Jesús proclamó hace dos mil años,

avergonzándonos de haber sido capaces, en nombre de la religión –cada cual de la suya– de desfigurar dicho mensaje, a lo largo de la historia de la isla, hasta dejarlo en más de una ocasión bastante difícil de reconocer.

Aparte de lo dicho debo añadir que, si he observado algo más durante mi estancia por estos andurriales ha sido que para obtener la felicidad –o para aproximarse a ella– no existe otro camino que el de la sencillez y la bondad. Recuerdo que, en uno de los paseos solitarios que solía hacer de madrugada por alguna de las playas vecinas, en cierta ocasión, conocí a un pescador que me invitó a compartir su desayuno. Se trataba de un buen náufrago, de trato amable, el cual, mientras saboreábamos un delicioso pez asado recién pescado, me relató una especie de cuento que él, años atrás, había oído contar a su abuelo. Dicho cuento hacía referencia a la misión evangelizadora de un obispo que, a bordo de su embarcación, navegando por un río caudaloso de la isla, un día se detuvo ante un poblado remoto, y mientras la tripulación estaba ocupada en labores de

avituallamiento, decidió emplear la jornada de la forma más provechosa posible, por lo cual, al encontrar un grupo de pescadores que se hallaban recogiendo sus redes, les preguntó si en aquel lugar tan alejado recibían suficiente atención religiosa. El pescador que parecía ser el portavoz, con un lenguaje más bien primitivo y rudimentario, explicó al obispo que mucho tiempo atrás habían sido evangelizados por unos misioneros.

–Nosotros ser cristianos –dijo orgullosamente– y rezar cada día.

El obispo, sorprendido, les preguntó si conocían el padrenuestro. Cuando todos respondieron negativamente, aduciendo que no lo habían oído nombrar nunca, el obispo tuvo una auténtica conmoción.

–¿Pero los misioneros no os enseñaron ninguna oración?

–Ellos decir que nosotros rezar con palabras que surgir del corazón.

–¿Y entonces que decís cuando rezáis?

–Nosotros levantar los ojos al cielo y decir: «Señor, tú que amas todos, tener piedad de nosotros y dar salud y muchos peces, amén».

Al obispo le horrorizó el carácter tan elemental y casi herético de aquella oración, de manera que pasó el resto de la jornada enseñándoles el padrenuestro.

A los pescadores les resultaba difícil de aprender, pero aplicaron todo su interés y, antes de que el obispo zarpase al día siguiente, tuvo la alegría de escuchar de sus labios la oración entera sin cometer ni el más mínimo error.

Al cabo de un tiempo la embarcación volvió a navegar cerca de aquel lugar, y mientras el obispo paseaba por la cubierta rezando la plegaria vespertina, recordó con satisfacción los pescadores a los cuales, gracias a pacientes esfuerzos, había enseñado a orar adecuadamente.

De pronto, el obispo observó un punto de luz hacia el este que se aproximaba a la embarcación y, con gran sorpresa, descubrió unas figuras humanas que andaban sobre el agua iluminándose con un farol. El capitán hizo detener la embarcación y todos se asomaron a la barandilla, boquiabiertos ante aquel espectáculo increíble. Se trataba, ni más ni menos, de aquel grupo de pescadores que el obispo había conocido y enseñado tiempo atrás, los cuales exclamaron:

–¡Obispo, nosotros oír pasar tu barco cerca de aquí y correr para ver!

–¿Qué queréis? –les preguntó el atónito obispo.

–Obispo –contestaron–, nosotros estar tristes porque olvidar bonita oración. Nosotros decir: «Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino...» y no recordar nada más. Enseñar otra vez bonita oración...

El obispo respondió:

–Regresad tranquilos a casa, amigos míos, y cuando recéis, seguid diciendo de todo corazón: «Señor, tú que amas a todos, ten piedad de nosotros y danos salud y muchos peces, amén».

Aquella noche, el obispo de este cuento, se acostó preguntándose a sí mismo quién había evangelizado a quién.

El regreso

Querría creer, ya hacia el final del recorrido –cuando una llama se apaga llega un momento en que ya no es posible reavivarla–, que los días vividos en esta isla, sin ser nada del otro mundo, no habrán sido totalmente en vano: no habrá sido en vano mi deseo sincero de ayudar a otros náufragos, siempre que ello ha sido posible, ni mi a veces dolorosa paciencia para soportar según qué.

No creo que Dios esperase de mí ningún acto heroico. No he sido, en forma alguna, un genio. Solamente he hecho lo que he podido, a pesar de que, probablemente, habría podido hacer algo más. En cualquier caso, solo habré pecado por omisión; el resto de pecados no han sido –creo– no mucho más que simples torpezas.

No estoy seguro de nada, pero pienso que el hecho de haber naufragado en esta isla no responde únicamente al azar sino, sobre todo, al hecho de formar parte de un proyecto trascendente. Solo Dios sabe dónde y cuándo nuestro esfuerzo –el de todos los náufragos–, incluso el más insignificante, será fecundo. Dejo, pues, mi pequeña semilla aquí con la certeza de que, en sus manos nada se pierde y que mis culpas y omisiones hallarán la misericordia y el perdón fruto de su Amor. ¡Ay de nosotros si algún día hemos de ser juzgados de acuerdo con la justicia «isleña»!; una justicia que, en algunos lugares, todavía hoy en día se atreve a declarar guerras o a dictar penas de muerte.

Jamás he podido saber de dónde provengo ni el motivo. Y ya he desistido de preguntármelo, porque cuanto más insisto, más me hundo en el pozo sin fin de la ignorancia. Cuando apenas me quedan canas por peinar, he comprendido que todos los habitantes de la isla somos náufragos y que todos sin excepción hemos llegado del mismo modo. Pero igualmente he observado que todos los que llegan también se van. En realidad, podría

afirmarse que desde el mismo instante de la llegada –sin que nadie se percate de ello, por supuesto–, ya se inicia el camino de regreso y que todos, tarde o temprano, volveremos al mismo mar del que provenimos.

No obstante, me conmueve profundamente que a algunos futuros náufragos no se les permita llegar sanos y salvos a la isla, interrumpiendo violentamente su normal recorrido sin existir motivo alguno que lo justifique. Aparte del hecho en sí mismo tan lamentable, cabría preguntarse cuál ha sido la circunstancia que ha impulsado llevarlo a cabo. ¿Tal vez la ignorancia o la inconsciencia del náufrago responsable? ¿Quizás el temor a no disponer de suficiente capacidad o recursos para acogerlo apropiadamente? ¿Por un rechazo incontenible por tratarse del fruto de una agresión criminal? Cada cual sabrá qué justifica –o no– su conciencia.

Otros se van, o intentan irse, lanzándose al mar por propia voluntad, incapaces de soportar finales extremadamente dolorosos. No seré yo, pobre de

mí, quien juzgue tales actos, porque ello significaría que, en cierta medida, ya estoy condenando a un hermano. Tampoco lo justifico. Pienso, sencillamente, que no conviene generalizar, porque cada caso es distinto y solo Dios posee la verdad. De lo que estoy convencido es de que a Dios no le place el sufrimiento de ningún náufrago, por malvado y despreciable que éste sea, si es que de esto es posible establecer una graduación.

Inevitablemente, a no tardar, alguien vendrá a buscarnos: avisando con cierta antelación, o cuando uno menos lo piense; sin distinguir entre ricos o pobres, entre poderosos o humildes, entre jóvenes o viejos –si bien es cierto que hay una cierta predilección por estos últimos–. Y esto es, realmente, lo que me intranquiliza, en especial cuando compruebo que de este último viaje nadie escapa y que a todos les llega su turno. Inútil es decir que este hecho me inquieta por diversas razones. En primer lugar porque el último adiós, por muy acompañado que se esté, cuando llega el momento, siempre transcurre en medio de una enorme soledad –como la llegada– y, muy a

menudo, va precedido de no poca angustia (no deja de ser curioso que los náufragos nunca apreciamos el valor de nuestra salud hasta que la perdemos).

Pero, además, la verdadera fe, por muy firme que sea, siempre se halla expuesta a sufrir tentaciones de desconfianza y dudas sutiles (el fanatismo, quién lo diría, nunca) y el abandono de la isla no deja de ser un paso al frente hacia lo desconocido. Confieso que temo extraviarme por el camino de vuelta, a pesar de que hay casos en que, cuando el náufrago ha iniciado el viaje de retorno, al poco tiempo, ha regresado a la isla porque, según él mismo ha dicho, «todavía no era el momento de proseguir el viaje hasta el destino final», fuese el que éste fuese. Entonces, alguno de estos náufragos, al margen de su edad, sexo, religión (si profesaba alguna) u origen cultural, ha sido capaz de recordar parte del viaje interrumpido, coincidiendo en muchos aspectos con otros náufragos que han vivido situaciones similares, en aquello que ha venido en llamarse «experiencias en el umbral del retorno», los cuales afirman que nunca han tenido la sensación de estar perdidos, sino todo lo contrario,

porque durante el tiempo que han estado ausentes de la isla, aparte de no sentir ni miedo ni dolor alguno, han sido acogidos por la presencia de otros náufragos que les habían precedido y que, comunicándose telepáticamente, les han protegido y guiado al objeto de que en ningún momento se sintiesen desamparados. Nadie, por lo tanto, según parece, no emprende el viaje de retorno solo. Y aquéllos que han conseguido ir más lejos antes de regresar, relatan experiencias realmente sobrecogedoras, que la mayoría describen como un recorrido que deben realizar, en cuyo final existe una fuente de luz tan extraordinaria que las palabras de un pobre náufrago quedan cortas para poderla definir. Es entonces cuando la conciencia de quien lo contempla alcanza por primera vez una comprensión cósmica y un Amor incondicional colmado de compasión. En ese momento, por la posesión de la sabiduría que transmite dicha Luz –que cada cual, con distintos nombres, interpreta como Dios–, examina la experiencia personal vivida en la isla, es decir, sus propios pensamientos, palabras y obras, así como la repercusión que han tenido en los náufragos con los

cuales ha convivido. Será en ese instante cuando por primera vez, libre ya de toda influencia física, psicológica, familiar o cultural, inmerso en el infinito Amor de Dios, podrá decidir el camino a seguir como destino final y eterno. Esta decisión, probablemente, será la floración de aquello que los náufragos hayamos sembrado a lo largo de nuestra estancia en esta isla.

De todos modos, qué lejos estoy, infeliz de mí, de la comprensión de estos relatos, al no vivir en las nubes, sino más bien contagiado del día a día generalmente tan prosaico de la isla. ¿Qué voy a encontrar realmente en este nuevo destino? O, mejor dicho: ¿A *quién* encontraré, si es que encuentro a alguien –tal como, a pesar de todo, confío? ¡Y quiera Dios que, llegada la hora, sea cierto que vengan a recibirme otros náufragos, familiares y amigos que me hayan precedido en el viaje de regreso, a los cuales, en un reencuentro gozoso, pueda abrazar y decirles todo aquello que, cuando aún estaban en la isla, no supe cómo decir o no llegué a tiempo! Sin embargo, ¿qué actitud deberé mostrar ante quien me estafó, me robó la

cartera, me maltrató o, simplemente, ante los náufragos antipáticos o desagradables que he conocido?

Y si el destino final del viaje de retorno es el descanso y la permanencia perpetuos, ¿no hay peligro de que, tarde o temprano, nos aburramos? ¿Podremos llevar a cabo alguna actividad creativa que lo evite? He aquí, una vez más, un razonamiento y un temor propios de la mentalidad de un náufrago, tan acostumbrados como estamos todos en esta isla, a permanecer ocupados en todo momento en «hacer alguna cosa», o más de una, sin tregua. Probablemente no sería mala idea empezar a practicar ya desde ahora, en la isla, el bien, la amistad, el silencio y la paz para evitar un contraste demasiado acusado y facilitar así, el camino hacia la estancia eterna.

Por otra parte, espero que en esta etapa definitiva, además de la plenitud del espíritu, todo náufrago adquiera una transformación absoluta de su identidad física porque, en caso contrario, ¿cómo sería el aspecto del cuerpo de un feto colapsado

antes de nacer, o el de un anciano incapacitado en silla de ruedas? El más allá no puede parecer, en modo alguno, una residencia geriátrica o un museo de antigüedades.

Finalmente, por poco afortunada que haya sido la estancia en la isla, abandonarlo todo definitivamente, dejar atrás la familia, los amigos, el patrimonio, el prestigio, todo tipo de vivencias: esfuerzos, ilusiones –¿por qué no?–, fracasos... tiene que ser terriblemente triste. Voy a partir tal como llegué: sin saber cómo ni por qué, casi ciego, desdentado, con todo el cuerpo dolorido y prácticamente desnudo porque no podré llevarme nada de lo que aquí aún poseo. Otros náufragos inmensamente ricos, con un poder casi ilimitado, sabios ilustres, artistas de renombre o deportistas campeones, todos, lo han debido abandonar absolutamente todo sin excepción. Realmente, solo de pensarlo me espanta. Reconozco que tanto temor me infunde pensar en el regreso que ello, a veces, resta serenidad a mi estancia en la isla.

Y ¿cómo describir el vacío que queda en el alma cuando cierran una tumba ante ti con los restos mortales de náufragos queridos en su interior, o te entregan la urna conteniendo sus cenizas, y que de ellos no quede en la isla mucho más que un recuerdo cada vez más lejano, como el que quedará, inevitablemente, de mí mismo? Pronto no seremos ni siquiera un olvido. En cuanto a los que parten «antes de tiempo» –los niños y adolescentes– ¿qué puede pensarse, al respecto?

Aquí he vivido suertes y desgracias, como el resto de náufragos, supongo, pero cuando te percatas que, aun siendo único, no eres muy diferente de la mayoría que te rodea, confieso que el final se convierte en una mezcla de cansancio y de tristeza; estoy más bien fatigado, de esta isla, pero enamorado de ella al mismo tiempo. Qué sentimiento tan extraño...

Ahora, antes de que llegue la hora del adiós, introduciré este relato que acabáis de leer dentro de una botella y la dejaré medio enterrada en la arena de la playa en que llegué –si la dejase a merced de

las olas del mar, podría extraviarse— para que si la encuentra algún otro náufrago le ayude, al menos, a entender un poco esta isla misteriosa, aunque no sea posible entenderla del todo, evitando así que el tiempo se le escape de entre las manos y se dé cuenta cuando ya sea demasiado tarde. ¡Cuánto tiempo puede perderse en vano durante la estancia! ¡Qué lástima que seamos incapaces de discernir lo prescindible de lo que es realmente esencial!

Pero no querría que al leer este mensaje alguien lo mal interpretase. A pesar de haber vivido una existencia indescifrable, miro hacia atrás agradecido. ¿Tal vez mi estancia en la isla hubiese podido ser mejor? Sin duda alguna. Pero también es cierto que hubiese podido ser mucho peor. Al fin y al cabo, puedo afirmar que por la gracia de la fe que Dios me ha concedido, hoy aguardo el futuro con más esperanza que temor. ¿Qué más puedo pedir? Todo ha sido como un sueño en ocasiones maravilloso. Creo que el momento de la verdad ya está cercano y doy gracias a Dios de todo corazón por haberme obsequiado la aventura de la vida.

**Relación de libros publicados dentro de
esta colección y modo de acceder
a su contenido**

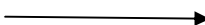
No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web

www.imacxiom.com

Versión en catalán: www.andreumoixcami.cat

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- Dios, ese desconocido (Un testimonio de fe)
- El más allá, ese desconocido (El gozo de la esperanza)
- La caridad, esa desconocida (Eclósión de amor)
- La paz, esa desconocida (¿Una utopía?)
- La Virgen María, esa desconocida (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
- Dios en las pequeñas cosas (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)
- Cartas abiertas (Pensamientos de un cristiano)

Continua 

- El sufrimiento, ese desconocido (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)
- La plegaria, esa desconocida (Sugerencias de actitud para orar mejor)
- El ángel perplejo (Observaciones a la luz del Evangelio)
- El regreso del ángel (41 Retazos de esperanza)
- Ciencia y fe: ¿un divorcio inevitable, o un matrimonio bien avenido?
- Virus (¿Y qué opina la Covid-19?)
- La silla mágica
- El fin del mundo
- Diario de un peregrino
- La pena de muerte, esa desconocida (Un clamor para su abolición en todo el mundo)

